



Eckart Woertz

Investigador sénior, CIDOB

Los juegos olímpicos modernos se iniciaron en 1896, después de un paréntesis de 1600 años; una tradición reinventada de un antiguo ritual, privado esta vez de sus connotaciones religiosas originales y lleno de modernas aspiraciones de construcción de la nación e ideas aristocráticas sobre la formación del carácter. La marca se amplió con las primeras olimpiadas de invierno en 1924, en Chamonix; los primeros Paralímpicos en 1960, en Roma; y los primeros juegos olímpicos de la juventud, para jóvenes entre 14 y 18 años, en 2010, en Singapur.

Si bien los juegos olímpicos estaban destinados a celebrar el atletismo y la fraternidad, la política ha acompañado las olimpiadas modernas desde su comienzo: en la época del imperialismo, los estados-nación de Europa competían agresivamente entre sí y los recién llegados, como Rusia y Japón, trataban de entrar en el juego.

Los juegos olímpicos fueron un lugar de encuentro internacional con la idea de reunir a gente en paz, pero también fueron utilizados para celebrar el éxito de una nación y como escaparate de cosmovisiones ideológicas. La Unión Soviética no empezó a competir en los juegos olímpicos hasta 1952; se abstuvo de participar porque consideraba los juegos «burgueses» y, en su lugar, había organizado un evento deportivo internacional rival: las Espartaquiadas. Los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936 marcaron un punto de inflexión en términos de politización; aunque fueron concedidos inicialmente a un Gobierno alemán democrático –si bien asediado–, los nazis los instrumentalizaron para difundir su ideología de la superioridad racial y, al mismo tiempo, para aliviar las preocupaciones internacionales acerca de sus intenciones expansionistas.

Gran parte de la iconografía moderna en torno a los juegos olímpicos nació en ese momento. Fue la primera ocasión en que se introdujo el relevo de la antorcha de la llama olímpica y se incorporó en un ritual grandilocuente; Leni Riefenstahl fue pionera en el uso sugerente de imaginería iconográfica en su documental *Olympia*, y los juegos se difundieron por televisión por primera vez, si bien sólo para una audiencia local. Con la introducción de la transmisión por satélite en 1964 y de la televisión en color en 1968 esta *eventificación* de los juegos olímpicos

recibió un impulso adicional y allanó el camino para su comercialización en la década de los ochenta.

La visión nazi de la superioridad racial recibió un duro golpe cuando Jesse Owens ganó cuatro medallas de oro, por lo que Hitler se negó a encontrarse con él pues no quería ser visto estrechando la mano de un hombre negro. Los Juegos Olímpicos de Berlín también generaron discusiones en Estados Unidos acerca de un posible boicot por la persecución de judíos en Alemania, muy agravada por las leyes de Núremberg de 1935. Pero la iniciativa de boicot resultó infructuosa. Avery Brundage, más adelante presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), destacó entre los que se oponían a la idea.

Los Juegos de 1940 y 1944 fueron cancelados a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente, la politización de las olimpiadas continuó, al convertirse en un frente de batalla ideológico de la Guerra Fría. En 1956, los Juegos de Melbourne fueron boicoteados por tres motivos diferentes: algunas potencias europeas se abstuvieron en protesta por la represión soviética del levantamiento de Hungría ese mismo año; Irak, Líbano y Egipto protestaban por la crisis de Suez; y China porque se permitió competir a Taiwán como «República de China», lo que infringía su política de una única China. En 1976, muchos estados africanos también boicotearon los juegos en protesta contra la política del apartheid en Sudáfrica y Rhodesia. Finalmente, en 1980, el mundo occidental boicoteó los Juegos de Moscú, lo que provocó que la Unión Soviética y sus aliados correspondieran con un boicot a los Juegos Olímpicos siguientes de Los Ángeles en 1984.

En la historia reciente, se han sugerido boicots, sin éxito, en contra de los Juegos Olímpicos de Beijing de 2008, en protesta por la situación de los derechos humanos en China y por su política en el Tíbet; y luego en contra de los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi de 2014, para protestar por la participación de Rusia en la guerra ruso-georgiana de 2008, así como por el recrudecimiento de la represión contra activistas de derechos humanos y el colectivo LGBT en el país.

Asimismo, los juegos olímpicos han sido el blanco de los terroristas para capitalizar la atención que despiertan. Durante los Juegos de Múnich, en 1972, un comando terrorista palestino mató a 11 miembros del equipo israelí y la bomba de un terrorista de ultraderecha mató a una persona durante los Juegos de Atlanta en 1996. También los atletas los han utilizado como plataforma para transmitir mensajes políticos. En las Olimpiadas de Ciudad de México, en 1968, los velocistas estadounidenses Tommie Smith y John Carlos hicieron el célebre saludo del *Black Power*, con el puño en alto. De forma similar, un atleta checoslovaco protestó por la ocupación de su país por las fuerzas soviéticas el mismo año. La política también prevalece en los esfuerzos de Irán y otros países de Oriente Medio para evitar competir con atletas israelíes.

Los debates de género han sido otro aspecto de la política de las olimpiadas. Si bien se permitió competir a las mujeres ya en 1900, 35 naciones siguieron participando con equipos exclusivamente masculinos hasta 1992. En 2010 sólo Arabia Saudí, Qatar y Brunei seguían con esta práctica, aunque –tras presiones y amenazas de exclusión de los juegos– acabaron enviando a atletas femeninas en 2012. Otros conflictos en torno a

las olimpiadas incluyeron la falta de respeto de los derechos de las poblaciones nativas y la apropiación indebida de sus símbolos culturales.

Hoy en día, los debates políticos más predominantes están relacionados con los sobornos y con los costos exorbitantes para las ciudades anfitrionas. Bajo la presidencia de Avery Brundage (1952-1972) el COI se resistió a los patrocinios corporativos, defendiendo una ética del amateurismo cada vez más cuestionada. Los requisitos de amateurismo se eliminaron principalmente en la década de los setenta, excepto para el boxeo y la lucha libre. Durante la presidencia de Juan Antonio Samaranch (1980-2001) la comercialización recibió un impulso sin precedentes. Los juegos de Los Ángeles en 1984 marcaron un hito en los acuerdos y patrocinios televisivos.

Aunque los ingresos financieros ofrecían nuevas oportunidades para los organizadores y los atletas, también trajeron consigo acusaciones de corrupción y quejas acerca de los opacos procedimientos de adjudicación de los derechos de organización. En 1998, varios miembros del COI tuvieron que dimitir tras ser acusados de recibir sobornos para conceder los Juegos Olímpicos de Invierno de 2002 a Salt Lake City. Se han hecho acusaciones similares sobre los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y sobre la oferta de Turín para los juegos de invierno de 2006.

Los habitantes de las ciudades anfitrionas y candidatas potenciales cuestionan cada vez más los costos exorbitantes en infraestructuras a menudo infrautilizadas tras los grandes eventos. En Brasil la gente protestó contra la corrupción generalizada en torno a los contratos de construcción para la Copa Mundial de la FIFA 2014 y los Juegos Olímpicos de Río 2016. Hamburgo y Múnich incluso rechazaron por referendo popular sus propias candidaturas para los juegos de verano de 2024 y de invierno 2022, respectivamente.

El atractivo de exhibir estatus y prestigio de mercado emergente o de antigua superpotencia renacida jugó un papel importante en las candidaturas olímpicas de Beijing, Río y Sochi. En los países desarrollados –que ya han acogido la gran mayoría de los juegos pasados– el apetito para llevar a cabo las inversiones asociadas es menos pronunciado hoy. Existe una demanda generalizada para reducir la magnitud de los juegos y hacerlos más sostenibles, así como para compartir los costes más equitativamente entre el COI y las ciudades anfitrionas. Puede que los futuros juegos olímpicos se celebren cada vez más en los países emergentes aspirantes, pero incluso allí el interés podría menguar dadas la disminución en su ritmo de crecimiento y de precios del petróleo, así como las peticiones de mayor responsabilidad. Parece que la futura política de los juegos olímpicos no tendrá tanto que ver con la geopolítica o con altisonantes declaraciones de ambiciones e ideales, sino con una realidad más prosaica: ¡La economía, estúpido!

Traducción: Ester Jiménez

